

y sus riñas y asechanzas,  
que por tener ascendientes  
de Manresa y Calatrava  
y ser hidalgos muy limpios  
y mayorazgos sin tacha,  
en vez de darles castigos  
que su sangre rebajaran,  
se creyó justo y prudente  
pasar á todos por agua  
volviéndolos edecanes  
del virrey de Nueva España.

Y así á Méjico vinieron  
precedidos de gran fama,  
y hubieran ido al palacio  
á vivir como en su casa,  
si el Virrey, hombre celoso  
y de experiencia muy vasta,  
no hubiera determinado,  
por razones que ce callan,  
que aquellos mozos vivieran  
lejos de la real estancia.

Y alegres y satisfechos  
como antiguos camaradas  
un mismo techo dió abrigo  
á tan arrogantes guardias.

## II

Es la juventud la fuente  
de las más hermosas aguas  
que fecundizan las flores  
del amor y la esperanza.

Edad que nunca vacila,  
ni teme, ni mide nada,  
pues los más negros abismos  
ó los desdeña ó los salva.

Radiante aurora de mayo  
con nubes de armiño y gualda,  
que incensan todas las rosas  
y pueblan todas las auras.

¿Quién no se siente á su influjo  
capaz de tender las alas  
sobre los profundos mares  
que sacude la borrasca?

¿Quién no rinde á la hermosura  
ese amor que eterno irradia  
un fulgor que envidiaría  
la estrella que anuncia el alba?

Llenan de placer las horas  
dulces é infinitas ansias,  
que son de noche aventuras  
y por la tarde esperanzas.

La nivea mano que arroja  
desde el balcón una carta;  
los negros ardientes ojos  
que despiden vivas llamas;  
el suspiro que despliega  
al aire impalpables alas  
al tenue rumor de un beso  
que por tenue arrulla el alma;  
la promesa no cumplida,  
la nunca completa charla,  
el infundado reproche  
que las vigiliás amarga;  
la caricia que el armiño  
de los recatos profana,  
el áureo rizo robado  
á una frente pura y casta;  
el lazo que cae al polvo  
y la devoción levanta  
y al cambiarlo en amuleto  
como reliquia lo guarda;

los alardes de bravura,  
 los testimonios de audacia,  
 el odio á las mezquindades  
 y á las miserias humanas;  
 y los sueños de grandeza  
 con que el pensamiento abarca  
 todo el porvenir que ofrecen  
 la fe, el amor y la patria;

esto en raudos torbellinos  
 en hirviente catarata,  
 se desborda de la vida  
 en las primeras mañanas.

Y nada obscurece el mundo,  
 y nada la dicha empaña,  
 porque como luz eterna  
 el amor alumbra el alma.

Y así soñando imposibles,  
 siempre entre ficciones vagas  
 y alegrando con cantares  
 las horas que breves pasan,  
 aquellos alegres mozos  
 turbaron juntos la calma  
 de una ciudad que dormía  
 entre lutos y plegarias.

Sus mandolinas sonoras  
 noche por noche poblaban  
 de alegres notas las calles  
 haciendo abrir las ventanas.

Y aunque el toque de la queda  
 en la catedral sonara,  
 y aunque llamase á sermones  
 en la torre la campana,  
 con alegres seguidillas,  
 ó con peteneras lánguidas,  
 como buenos andaluces

libando sabrosas cañas,  
 lo mismo en anchos parajes  
 que en tristes encrucijadas,  
 iban derramando juntos  
 la sal, la vida y la gracia.

Y ni su paso cortóles  
 la austera ronda de capa,  
 ni les impuso silencio  
 la autoridad soberana.

Porque eran de sangre limpia,  
 todos la flor y la nata  
 de los bravos estudiantes  
 de la egregia Salamanca.

Porque los trajo en familia  
 quien más honores alcanza,  
 y porque eran por su lustre,  
 sus años y su arrogancia  
 los donceles escogidos  
 para hacer brillante guardia  
 en las reuniones selectas  
 del virrey de Nueva España.

### III

No derramaron seis lunas  
 sus tibios rayos de plata  
 sobre la ciudad que fuera  
 rico emporio del Anáhuac,  
 cuando ya en todas las bocas,  
 al par que en todas las casas,  
 era el obligado tema  
 la conducta de los guardias.  
 — Don Lope corteja á Luisa.  
 — Don Mendo vive con Juana.  
 — Don Gastón sedujo á Julia.  
 — Y don Baldomero á Ignacia.

— Y el Virrey disculpa todo.  
 — Y la Mitra no hace nada.  
 — Y todo se les tolera  
 y se les toma por gracia.  
 — ¿ El Santo Oficio qué dice ?  
 — Como de nobles se trata,  
 el Santo Oficio está mudo  
 y sordo como una tapia.  
 — Pues por pecados veniales,  
 si á los de éstos se comparan,  
 á plebeyos infelices  
 se han arrojado á las llamas.

— La Inquisición, como todo,  
 tiene gran miedo al monarca  
 y cuentan que entre estos chicos  
 tiene un hijo el rey de España.  
 — ¡ Eso es imposible ! ¡ Nunca  
 un ser de estirpe tan alta  
 como un segundón sin lustre  
 viene á tierras tan lejanas !  
 — Nadie sabe si el rey quiere  
 más vástagos de su raza  
 en estos ricos dominios...  
 — El rey sabe lo que manda.  
 — ¿ Y quién es el misterioso  
 príncipe que se recata ?  
 — Lo sabrá Dios solamente.  
 — Ó Julia tal vez, ó Juana.  
 — Anoche en el Mentidero,  
 que así á los Plateros llaman,  
 cerca de la media noche  
 se cruzaron dos espadas;  
 llegó la ronda y hallóse  
 con donceles en campaña,  
 les saludó con respeto  
 y luego siguió su marcha.

— ¿ Y murió alguno ?  
 — Lo ignoro ;  
 pero al rayar la mañana  
 yo he visto sangre en las piedras  
 cuando fui á la misa de alba.  
 — Cuentan unos que estos mozos  
 viven en constante zambra,  
 y que con todo descaro  
 noche por noche en su casa  
 danzan y beben y juegan  
 con impuras cortesanas.  
 — ¡ Y nada dicen los curas  
 en la cátedra sagrada !  
 — ¡ Qué han de decir, si parece  
 que les aplauden sus faltas !  
 — Ya es justo poner remedio.  
 — En esto peca el que calla.  
 — Pensaremos en el modo,  
 porque ya es mucha la alarma.  
 — Los padres y los maridos  
 tenemos miedo en el alma.  
 — ¿ Qué haremos ?  
 — Dios nos inspire.  
 — ¡ Un memorial !  
 — ¿ Quién lo calza ?  
 — ¡ Una denuncia !  
 — Hay peligro.  
 — Démosles la cencerrada.  
 — Y nos dirán motineros  
 y la ronda nos atrapa.  
 — Pues estos chicos no deben  
 continuar su propaganda  
 de escándalos y vergüenzas...  
 — El diablo es quien los ampara.  
 — Será el Virrey.  
 — Es lo mismo.  
 — Detén la lengua.

— Me exalta  
 en estos tiempos tan tristes  
 lo que vemos, lo que pasa.  
 — Ya Dios nos dará el consuelo.  
 — Buena noche.  
 — Hasta mañana.

## IV

Fueron tantos los abusos,  
 las víctimas fueron tantas,  
 de aquel grupo de Tenorios  
 impunes por su prosapia,  
 que al fin el Virrey se dijo  
 cuando meditó con calma  
 al saber que cien familias  
 se estaban ahogando en lágrimas :

« Si no puedo castigarlos  
 por no ofender al monarca,  
 lo más cuerdo y lo más justo  
 es ordenar que se vayan ».

Y con sùtiles razones  
 preparó la pronta marcha  
 de los que al principio fueron  
 sus más consentidos guardias.

Alegráronse los hombres  
 de resolución tan sabia,  
 pero causó gran sorpresa  
 á doncellas y casadas.  
 — ¡ Pobrecillos! Porque visten  
 con gusto y con elegancia,  
 porque son mozos y alegres,  
 porque cortejan y cantan,  
 y en fin, porque cuanto sienten  
 ni lo fingen ni lo callan,  
 el Virrey como castigo

los vuelve á pasar por agua.  
 — ¡ Ay, quién pudiera con ellos  
 ir hasta tierras extrañas!  
 — ¡ Yo quisiera ser el puño  
 De sus hermosas espadas!  
 — Pues yo la hebilla que cierra  
 el encaje de sus calzas.  
 — Yo la pluma del sombrero.  
 — Yo el botón de su casaca.  
 — Las mujeres nos morimos  
 por salir á las ventanas  
 cuando en las noches de luna  
 juntos en la calle cantan.  
 — Con razón, si son tan guapos.  
 — Si son la flor y la nata.  
 — Yo voy á llorar por ellos.  
 — Viene tu padre, ¡ silencio!  
 — Ya está tu marido, ¡ calla!  
 — ¡ Pobrecitos!  
 — Pobrecitos.  
 — Los expulsan.  
 — Los arrancan.  
 — Que nos escuchan  
 — Prudencia.  
 — Buena noche.  
 — Hasta mañana.

Y pasados unos meses  
 quedó desierta la casa  
 que fué durante algún tiempo  
 centro de amorosas ansias.

Y cuando de aquellos mozos  
 y sus aventuras raras  
 el pueblo que todo inquiera  
 forjó tragedias y dramas,  
 á la calle en que vivieron

los ocho arrogantes guardias  
la llamó « de los Donceles »  
para eternizar su fama.

## LA CALLE DE TIBURCIO

### I

Don Suero Monclova y Gálvez,  
originario de Asturias,  
logró con rudos trabajos  
ser dueño de gran fortuna.

Hombre de austero carácter  
y de intachable conducta,  
pródigo en las caridades  
y oportuno en las angustias ;  
era en esta Nueva España,  
rica entonces cual ninguna,  
modelo por sus virtudes  
y por sus costumbres puras.

Lejos ya de las fatigas  
del comercio y de la curia,  
y de cuentas y negocios  
que si no matan abruman,  
pasaba en grato retiro,  
sin desengaños ni dudas,  
las horas siempre tranquilas  
que anhela todo el que lucha.

Pero como nadie sabe  
lo que el destino le oculta,  
ni cuando llega la nube  
que el sol de la dicha nubla,  
don Suero, que estaba un día

más satisfecho que nunca  
 departiendo alegremente  
 sin sospechar amarguras,  
 miró entrar á su aposento,  
 pálida la faz enjuta  
 á su antiguo confidente  
 don Luis Gonzaga de Urrutia.  
 — Malas noticias don Suero.  
 — ¿ Malas decís?

— Como nunca.  
 — ¿ El sol se ha desportillado  
 ó ya se apagó la luna?  
 — Algo más grave.

— No entiendo.  
 ¡ El juicio final sin duda!  
 — Estáis asaz festejoso.  
 — Si os empeñáis en que sufra  
 me resuelvo á daros gusto.  
 — Mal obra quien mal anuncia;  
 pero hablando sin ambages.  
 — Ya sabéis que me disgustan.  
 — La mala nueva os importa.  
 — Soltadme la catapulta.  
 — Estáis de malas don Suero.  
 — ¿ Los alguaciles me buscan?  
 — Dejad gracejos aparte.  
 — Es que los llevo á la grupa.  
 — ¿ Ignoráis que habéis perdido?...  
 — ¿ El juicio?

— Vuestra fortuna.  
 — En tan alegre mañana  
 ¡ qué chanzas gastáis Urrutia!  
 — Chanzas, y en estos momentos  
 han emprendido la fuga  
 López vuestro apoderado  
 y el bribón que lo secunda.  
 — ¿ Y por qué se fuga López?

— Porque según se barrunta  
 cogió en vuestras arcas joyas,  
 y monedas y escrituras,  
 y á cuantos lo hemos buscado  
 no nos dan razón ninguna  
 de su viaje, y hemos visto  
 las huellas que lo denuncian.  
 — Mi despacho...

— Está vacío  
 Y rotas las cerraduras;  
 ya lo sabe la justicia,  
 ya en la calle lo preguntan,  
 y á vos el interesado  
 todas las gentes lo ocultan.  
 — ¿ Habláis de veras?

— Lo juro  
 por el sol que nos alumbra.  
 — ¿ Pero Tiburcio?...

— Tiburcio  
 cómplice infame resulta.  
 — Eso es imposible; ha sido,  
 lo sabéis, desde la cuna  
 un hijo amoroso y bueno.  
 — ¡ Un cuervo que hoy os desnuda;  
 Tiburcio se fué con López,  
 y acaso los dos disfrutan  
 á medias de los tesoros  
 que por bondadoso os hurtan.  
 — Pero si nadie me ha dicho.  
 — Pues ya llega á las alturas  
 el rumor de tal noticia.  
 — ¿ Tiburcio, ladrón?

— No hay duda.  
 — Vamos á aclarar misterios,  
 — Que miro que no os preocupan.  
 Y don Suero sin dar muestra  
 de que su ánimo se turba,

fué á cambiarse en un momento  
sombbrero, ca zas y chupa,  
y al bajar por la escalera  
le dijo con calma á Urrutia :  
— Dios les manda á los mortales  
la pobreza y la fortuna,  
si Él mi fortuna me quita  
obra con justicia suma,  
y su voluntad acato  
y quiero que en mí se cumpla.  
Y salieron á la calle,  
él sin mostrar pena alguna,  
y su antiguo confidente  
admirando tal conducta.

## II

En tibia noche de junio  
varias personas de rango,  
asi hablaban sin embozo  
de Catedral en el atrio.  
— Qué tiempos, Jesús, qué tiempos.  
— Está de moda el escándalo.  
— Si ya ni á los propios hijos  
se les puede dar la mano.  
— Se cuenta por esos mundos.  
y ya el Virrey sabe el caso,  
que al buen don Suero Monclova  
con infamia lo han robado.  
— Con infamia, muy bien dicho ;  
de su bondad abusaron  
las gentes que protegía  
desde hace más de diez años.  
— ¿ López ?  
— ¡ Un bribón !  
— Un pillo  
tenido en olor de santo.

— ¿ Aquel hombrachuelo mustio,  
huesoso, amarillo y flaco ?  
— ¡ El mismo ! Me parecía  
momia que andaba penando.  
— Yo alguna vez á don Suero  
le hablé en lenguaje muy claro :  
« No me gusta ese pegote  
que tenéis de apoderado,  
porque yo no le pusiera  
ni un escorpión en las manos. »  
— Y era orgulloso.

— Y violento.

— Y déspota.

— ¡ Y ordinario !

¡ Quién lo viera en la butaca  
hecho un rey en su despacho,  
con odores y marqueses  
departiendo el igualado !  
— Don Suero tiene la culpa.  
— Pero, señores, no es raro  
que un plebeyo robe á un noble ;  
lo que sí no perdonamos  
es que Tiburcio, que ha sido  
por Monclova tan mimado,  
y que le llamó hijo suyo  
desde sus primeros años,  
fuera el cómplice de López.  
— Tiburbio era aquel mulato  
con pelaje y catadura  
de relamido lacayo.  
— Nadie al verlo hubiera dicho  
que diera al fin tan mal pago.  
— Recoger hijos ajenos  
y como propios tratarlos,  
es prepararse abundante  
cosecha de desengaños.  
— Don Suero estará abatido.

— ¡Y colérico!  
 — ¡Y tronando!  
 — Yo fui á verlo esta mañana.  
 — ¿Y hablasteis con él?

— Es claro.

Y me sorprendió encontrarle tranquilo, risueño y franco.

— ¿Qué dice de la jugada de sus consentidos pájaros?

— Habla del suceso como si nada hubiera pasado.

— ¿Y qué dice de Tiburcio?

— En asunto tan amargo no pude decir palabra; ya sabéis, lo amaba tanto, que fuera tocar la herida imprudente desacato.

— Con gran razón los antiguos en el lienzo y en el mármol, con experiencia y con tino á la ingratitud pintaron en una mujer horrible, de cuerpo sucio y escualido, y sosteniendo sin pena dos víboras en la mano.

— Está Méjico perdido. Me cuentan que ayer robaron á las diez de la mañana en la tienda de « La Nao », y dicen que la Virreina perdió el miércoles pasado una caja de Manila con mantones de burato.

— Y lo de ayer, que ya raya en cinismo extraordinario: se perdió una mancerina

en casa del prebendado y un tibor grande y hermoso que estaba en medio del patio.

— Eso no es nada, me dicen que al fugarse dos esclavos de la casa de los condes de la Estrella, se llevaron las veneras con brillantes, dos bastones con topacio, dos tabaqueras de oro y un anafe repujado; pero lo mayor de todo y lo más grave del caso, es que ayer al Santo Oficio con sigilo denunciaron á un comerciante muy rico por judaizante y relapso.

— Ya sé quién es.

— No lo diga vuestra merced, que los labios garantes son del pescuezo, según dijo aquel romano.

— Pero no llega á salirme lo de Tiburcio el ingrato; en fin, Dios se lo perdone y cada mochuelo á su árbol, que ya dijimos bastante, y las diez están sonando.

Quitáronse los sombreros, con gran devoción rezaron, saludáronse en seguida estrechándose las manos, y después de que partieron, en sus capas embozados, quedó desierta la plaza,



teniendo por solo faro  
la luna que estaba en llena  
ascendiendo en el espacio.

## III

Seis meses han transcurrido  
después de aquellos sucesos  
y tranquilo, resignado,  
indiferente don Suero,  
ni le apena la pobreza,  
ni el apetito ni el sueño  
le quita de la fortuna  
aquel cambio tan violento.

Respétanle sus amigos,  
que aun llegando tan á menos  
le tratan del mismo modo  
que en sus más felices tiempos.

Siempre les recibe afable,  
siempre les habla risueño,  
sin mostrar que le avergüenza  
un presente tan modesto;

ni que le miren humilde,  
aunque jamás fué soberbio,  
los mismos que le adulaban  
poderoso y opulento.

Que quien tiene la conciencia  
tan limpia como un espejo,  
siempre es grande y siempre es digno,  
en lo próspero y lo adverso.

No le quedan á Monclova  
en su servicio doméstico  
más que una sirvienta anciana  
y un antiguo camarero,  
que más bien que servidores

amigos son de otro tiempo,  
que su lealtad los levanta  
y los abona el afecto.

Con ellos departe á solas,  
pues en Monclova ven ellos  
un nuevo Job, cuyos ojos  
nunca se apartan del cielo.

Y aunque paga mal y poco,  
le cuidan con tal empeño,  
que da ternura mirarles  
y su abnegación da ejemplo.

Una mañana tomaba  
su desayuno don Suero,  
y delante de su mesa  
de pie estaban los dos viejos  
mirándole con cariño  
y hablándole con respeto.

De aquella plática el tema  
era conocido cuento,  
dando quejas los sirvientes  
y el amo dando consuelos.

En aquellas confidencias  
no faltaba, por supuesto,  
para Tiburcio el ingrato  
algún ingrato recuerdo.

Y cuando con más viveza  
los criados lo escarnecieron,  
de golpe se abrió la puerta  
y entró sin anuncio previo  
un embozado, que al punto  
que llegó frente á don Suero  
postróse humilde de hinojos,  
y su rostro descubriendo,  
dijo, al besarle la mano :  
« Con ayuda de Dios vengo

después de muchas fatigas  
 y de grandes sufrimientos  
 cuanto se ha robado López  
 con amor á devolveros ».

— ¡ Tiburcio ! gritan los criados.  
 — ¡ Tiburcio ! dice don Suero.  
 — Sí, soy Tiburcio, que pude  
 darle cima á mis deseos ;  
 supe que López llevaba  
 la fortuna de mi dueño,  
 del hombre á quien yo debía  
 desde niño mi sustento,  
 que como padre amoroso  
 fué para mi tanto tiempo,  
 y que me ha enseñado tanto  
 y que como á Dios le veo,  
 y sin reparar en nada  
 y sin perder un momento,  
 fui tras el ladrón, su huella  
 por todas partes siguiendo ;  
 no perder jamás su rastro  
 fué mi solo pensamiento,  
 siempre acechando el instante,  
 siempre guardando el secreto,  
 hasta que mi buena suerte  
 hizo que llegando al puerto  
 pudiera encontrarle á solas  
 y matarle como á un perro,  
 quitándole esas riquezas  
 que aquí, señor, os entrego.  
 Y al decir estas palabras,  
 puso en manos de don Suero  
 la caja que contenía  
 las joyas y libramientos  
 que el ladrón llevara ocultas  
 para embarcarse á otros reinos.  
 Ante una acción tan hermosa

Monclova quedó suspenso,  
 y su rostro venerable  
 marcó el arrepentimiento  
 de haber llamado á Tiburcio  
 « el ingrato » tanto tiempo,  
 y desde entonces la calle  
 en que habitaba don Suero,  
 « de Tiburcio » la llamaron  
 eternizando este ejemplo.

## LA SOMBRA DE CUAUHTEMOC

LEYENDA POPULAR

Brilla en el cenit la luna,  
 el viento gime en las frondas  
 rizando en menudas ondas  
 el cristal de la laguna.  
 Bendiciendo su fortuna,  
 su poder y su valor,  
 en su overo trotador  
 del viejo bosque al través,  
 cruza solo Hernán Cortés  
 de Anahuac conquistador.

Sobre su cota ferrada  
 la cruz de Cristo campea  
 y la luna cabrillea  
 sobre la cruz de su espada;  
 airosa pluma encarnada  
 orna su casco luciente,  
 y en su marcial continente  
 esta concepción resalta:  
 « Yo soy un rey á quien falta  
 una corona en la frente ».

Y era verdad este ultraje  
 á su augusto soberano,

que en el suelo mejicano  
 todo le rinde homenaje.  
 Y al verse en aquel paraje  
 grande, fuerte y sin segundo,  
 exclama meditabundo:  
 « ¡ Qué hiciera el Emperador  
 sin este conquistador  
 que pone á sus pies un mundo! »

Y aquel altivo vasallo  
 se interna al bosque imponente,  
 jugando indolentemente  
 con la crin de su caballo.  
 Del corcel el duro callo  
 no suena en la verde alfombra,  
 envuelve un manto de sombra  
 á Cortés en la espesura  
 y cuando el viento murmura  
 parece que rey le nombra.

¡ Qué nimbo de claridad  
 vierte el astro diamantino!  
 En cada año sabino  
 de la agreste soledad!  
 Y acrecen su majestad  
 los acentos no aprendidos,  
 de cenizontes escondidos  
 en el obscuro ramaje,  
 cantando el himno salvaje  
 de las nupcias en los nidos.

Como espectros vigilantes  
 los árboles pavorizan,  
 y sus contornos matizan  
 las luciérnagas errantes.  
 Son atalayas gigantes  
 que a'zan los brazos al cielo  
 y arrastran ropas de duelo  
 sobre torcidas raíces,

que nudos y cicatrices  
asoman rompiendo el suelo.

Como una esfinge que espanta  
sobre desnudos peñones  
con sus viejos paredones  
Chapultepec se levanta.  
Jamás extranjera planta  
holló el imperial retiro,  
do sólo en revuelto giro  
hablan de luto y quebranto  
las aves en cada canto,  
la brisa en cada suspiro.

Cuando en noche larga y fría  
la tempestad se desata  
y sus rugidos dilata  
en la espesa serranía;  
sobre la cresta sombría  
que el relámpago colora,  
vense en ronda voladora  
negras aves que aletean,  
flamas que en el aire ondean  
y que disipa la aurora.

En cada lóbrego hueco  
cuerpo la tiniebla toma  
y como serpiente asoma  
un tronco torcido y seco.  
Extrañas voces el eco  
en la distancia remeda,  
y si quieto el aire queda  
en los antros más secretos,  
muda legión de esqueletos  
finge la obscura arboleda.

De abril en las noches bellas  
dulces coloquios de amores  
entablan aves y flores,  
frondas, celajes y estrellas.

Y son trovas y querellas  
y ritmos y melodías  
las que en las harpas sombrías  
de los robles seculares  
las brisas crepusculares  
entonan todos los días.

Cortés va solo, cruzando  
por la soledad callada;  
cuanto abarca su mirada  
está sujeto á su mando.  
Mas de pronto recordando  
los peligros anteriores,  
los desastres, los horrores  
de la encarnizada guerra,  
lanza un suspiro que encierra  
una historia de dolores.

Fustiga al potro ligero  
que al sentir el duro azote  
rabioso violenta el trote  
ya por distinto sendero.  
La armadura del guerrero  
con triste compás resuena,  
y en ancha campiña amena  
que el verde maizal alfombra  
del conquistador la sombra  
dibuja la luna en llena.

Va solo; no le acompaña  
en su paseo arriesgado  
ni un amigo, ni un soldado  
de los que trajo de España.  
La tierra es nueva y extraña,  
pero nada le intimida,  
peligros y odios olvida  
y va de un capricho en pos  
sin más testigo que Dios,  
eterna luz de la vida.

Llega al fin adonde ansía  
 un instante hallar reposo;  
 cabe un ahuehuete añoso  
 de copa espesa y sombría.  
 Lo mira con alegría  
 y con raro arrobamiento;  
 y en rápido movimiento  
 desmonta y al suelo salta  
 y deja hablar en voz alta  
 á su propio pensamiento.

¿Cómo estoy vivo? No sé,  
 Dios clemente me salvó.  
 ¿Qué fuerza aquí me arrojó?  
 ¿Será la audacia ó la fe?  
 Cuando esta tierra pisé,  
 todo lo expuse al azar,  
 mis naves hundí en el mar  
 y le entregué al porvenir  
 mi pecho para morir,  
 mi espada para matar.

Con vagos planes inciertos  
 en contiendas desiguales,  
 mis soldados más leales  
 á mis pies quedaron muertos.  
 Sin capitanes expertos  
 ni propios exploradores  
 vencí á reyes y señores;  
 mas nada hubiera alcanzado  
 si no me hubiese ayudado  
 una chusma de traidores.

Una noche... aun siento frío,  
 mi cuerpo como un almete,  
 llegué al pie de este ahuehuete  
 sin esperanza y sin brío.  
 Maldije el destino mío,  
 maldije á la adversa suerte,

y trémulo, enfermo, inerte,  
 presa de horrible quebranto  
 mojé este suelo con llanto  
 y orando esperé la muerte.

Mis guerreros castellanos,  
 sin yelmos y sin lorigas,  
 cayeron cual las espigas,  
 que el viento abate en los llanos.  
 Pudieron los mejicanos  
 á un esfuerzo, á una voz sola,  
 inmolarlos cual se inmola  
 á una oveja, sin reproche,  
 y acabar aquella noche  
 con la legión española.

Olid cayó lastimado,  
 Alderete mal herido,  
 y un milagro ha defendido  
 al fiel Pedro de Alvarado.  
 Yo llegué aquí abandonado  
 dulce reposo á encontrar,  
 y el estrago al contemplar  
 lloré con honda amargura,  
 ¡ que no estorba la armadura  
 para sentir y llorar!

Desde aquí, cuán imponente  
 miré el porvenir; pensaba  
 que el nuevo sol me encontraba  
 sin mi honor y sin mi gente.  
 Hundí en las manos la frente.  
 Se me enlutó la conciencia  
 y hasta quise en mi demencia,  
 falto de esperanza y luz,  
 romper con un arcabuz  
 el hilo de mi existencia.

Quedé aquí meditabundo  
 en horrible incertidumbre,

y así pensé : cuando alumbre  
el sol otra vez al mundo ,  
ya estará mi afán profundo  
como mi aliento, apagado,  
y si aquí no me ha encontrado  
cadáver el nuevo sol,  
es porque nací español,  
y soy creyente y soldado.

Y que venga lo que venga,  
dije al fin ; á nada temo,  
Dios es árbitro Supremo  
y Él hará lo que convenga.  
Si quiere Dios que sostenga  
su cruz en la tierra extraña  
y me vela y me acompaña  
y me defiende y me asiste,  
pasa pronto, ¡oh, noche triste!  
¡y luchemos por España!

Aquí en este sitio fué  
donde trémulo, rendido,  
avergonzado y vencido  
me faltó fuerza y... lloré.  
¿Cómo no he muerto? No sé ;  
estoy vivo y he triunfado :  
Méjico está conquistado  
y mis leyes son sus leyes  
y mis vasallos sus reyes...  
¡Oh, mi honor! ya estás vengado.

Algo que jamás se pierde  
en la memoria, me abrumba ;  
la sangre de Moctezuma  
ni falta, ni me remuerde.  
Pero, ¿ habrá quien no recuerde  
á solas con su conciencia  
el mal hecho á la inocencia,  
la infamia impune y maldita?

¡ Si tan sólo Dios da ó quita  
á su arbitrio la existencia !

Busco por do quiera luz  
pues la obscuridad me espanta,  
porque en ella se levanta  
la imagen de Guatemuz.  
¡No! no protege la cruz  
crueldades tan sin medida ;  
no fuí juez, fuí un homicida,  
y ese cadáver sangriento  
lo cargo en el pensamiento  
y me acibara la vida.

¡ Oh sombra, que das pavor !  
perdona mi acción impía  
bajo este árbol donde un día  
llorara tu matador...  
Me amedrenta ese rumor  
del viento en las secas ramas ;  
parece que me reclamas  
tantos horrendos deslices,  
y no sé si me maldices,  
ó me absuelves, ó me llamas.

Eras de la azteca grey,  
la fe, la fuerza, el escudo ;  
luchaste pobre y desnudo  
por tu pueblo y por tu ley.  
¿Cuál fué tu crimen? Ser rey  
y odiar la invasión ibera ;  
¡oh Guatemuz! quién me diera  
volvete á la vida en calma,  
pues llevo dentro del alma  
tu patíbulo y tu hoguera!

Calló Cortés. Ya encendía  
tras de los enhiestos montes  
los azules horizontes  
el primer rayo del día.

Montó en su corcel que erguia  
 el cuerpo con noble instinto  
 sobre el musgoso recinto,  
 y pronto alumbrió su paso  
 un sol nuevo y sin ocaso :  
 ¡ El sol del gran Carlos Quinto !

## EL CALLEJÓN DE LÓPEZ

### I

Triste, muy triste, sintiendo  
 dentro del alma ese dardo  
 que clava artera la envidia  
 á todo el que tiene mando ;  
 en una tranquila noche  
 del voluble mes de marzo,  
 y bajo la espesa sombra  
 de un fresno, al borde de un lago,  
 así Hernán Cortés hablaba  
 con uno de sus soldados  
 que de lealtad y bravura  
 mil pruebas le dió en el campo :  
 — Después de tantas fatigas  
 y de sacrificios tantos  
 la suerte nos es adversa  
 y es menester hacer algo.  
 — Señor, en todas las cosas  
 igual que en todos los casos  
 disponed de mi persona  
 porque os sirvo con agrado.  
 — Martín, me habéis conocido  
 en los peligros más arduos ;  
 como con Dios siempre cuento  
 ni vacilo ni desmayo,  
 pero me encuentro afligido  
 ya que no desesperado.

— Larga es la lista de muertos.  
 — Y más larga la de obstáculos.  
 — Para vos son allanables  
 cuantos encontréis al paso.  
 — Nunca llegué á suponerme  
 que el monarca mejicano  
 tuviera por valladares  
 inexpugnables los lagos.  
 — Son extensos y profundos.  
 — Y carecemos de barcos.  
 — Ese argumento no debe  
 ni un instante preocuparos.  
 — ¿ Encontráis manera fácil,  
 mi buen Martín, de evitarlo ?  
 — ¡ Fácil ! no, señor ; segura.  
 — ¿ Segura decís ? — Es claro ;  
 y permitidme que os abra  
 mi corazón, siendo franco,  
 muy mal os juzgué en un tiempo.  
 — ¿ Por un hecho ? — Y muy extraño.  
 Al pisar la Villa-Rica,  
 en el porvenir pensando  
 cabe un peñón imponente  
 hicisteis hundir las naos.  
 — Así lo juzgué preciso,  
 porque si las dejo en salvo  
 hubieran sido refugio  
 de cobardes y de ingratos.  
 — Bien hecho está lo que hicisteis,  
 y yo, al reprobado tal acto,  
 os vi guardar el velamen  
 y las anclas y los palos,  
 y burlé vuestro capricho,  
 que aquí con el alma alabo,  
 pues lo que llamé torpeza  
 se ha convertido en milagro.  
 — ¿ Milagro decís ?

— No hay duda.  
 Sólo Dios ve los arcanos  
 que en lo futuro se esconden,  
 y es Él quien vierte sus rayos  
 para que pueda sin ojos  
 el pensamiento mirarlos.  
 — Explicad vuestras palabras.  
 — Muy claras son, don Hernando.  
 ¿ Quién al tocar esta tierra  
 y en un puerto tan lejano,  
 de guardar anclas y velas  
 os dió consejo tan sabio ?  
 Hoy al ver estas lagunas  
 vuestra previsión acato,  
 y puesto que disponemos  
 de numerosos esclavos  
 y que tienen estos bosques  
 material hermoso y vasto,  
 nada temáis ni os arredre,  
 fabricaré nuevos barcos,  
 servirá cuanto guardasteis  
 para bien aparejarlos,  
 y así que Dios lo disponga  
 y nos deis vuestro mandato  
 flotarán sobre estas olas  
 y á su impulso soberano  
 ganaréis á vuestro antojo  
 para el rey nuevos vasallos.  
 — Mucho hicisteis, Martín López,  
 por Castilla, y á mi lado,  
 pero lo que haréis, os juro,  
 que colmará mi entusiasmo ;  
 ejecutad bien y pronto  
 lo que me habéis puesto en claro,  
 y Dios y el Rey darán premio  
 á tan ejemplar trabajo.  
 Disponed sin tasa alguna



de recursos y de brazos,  
 que la gloria de Castilla  
 encomiendo en vuestras manos.  
 Y dichas estas palabras,  
 aquel sitio abandonaron,  
 siguiendo distintos rumbos  
 don Martín y don Hernando ;  
 éste volviendo su rostro  
 hacia un punto muy lejano,  
 conjunto de pobres chozas  
 en el confin solitario,  
 dijo exhalando un suspiro,  
 lento, profundo y amargo :  
 « Allí en Coyoacan quisiera  
 un religioso descanso  
 donde ajeno á toda pompa  
 ir á llorar mis pecados,  
 que en el peso no son leves  
 y en el número son largos ».  
 Y entróse luego á su tienda,  
 mientras en el cielo diáfano  
 brillaba en llena la luna  
 retratándose en el lago.

## II

No se hundió por veinte veces  
 el indio sol en ocaso  
 sin mirar á Martín López  
 dar comienzo á su trabajo.

Mandó Cortés que á Tlaxcala  
 fuese Sandoval Gonzalo  
 seguido de escopeteros  
 con algunos de á caballo ;  
 y con muchos tlaxcaltecas  
 y con doscientos soldados,

llevando en su compañía  
 á los mancebos de Chalco,  
 para que á viejos y á niños  
 pusieran doquier en salvo,  
 y se trajeran de prisa,  
 sobre sus hombros cargando,  
 cuanto menester hubiera  
 López para hacer los barcos.

Y estas órdenes cumplidas  
 tales como se mandaron,  
 viéronse cruzar en breve  
 por los montes y los campos  
 más de ocho mil tlaxcaltecas  
 seguidos por otros tantos,  
 con madera y tablazones  
 que en Soltepec levantaron ;  
 y que no bien depusieron  
 su carga ante don Hernando,  
 con grande peligro al verse  
 en tierra de mejicanos,  
 ofreciéronle gustosos  
 aportar nuevo recaudo  
 siempre que los ballesteros  
 les custodiaran el paso.

Con bastimento tan rico  
 López comenzó su encargo ;  
 Diego Hernández, Andrés Núñez  
 y Ramírez ayudaron  
 con Aguilar hasta el punto  
 en que las naves se armaron,  
 y puestas jarcias y velas  
 y los mástiles clavados  
 tres veces ponerles fuego  
 los de Tenoch intentaron.

Abrióse al fin ancha zanja,  
 y millares de vasallos